

Aguas aéreas

Una hora con Gonzalo Rojas

David Huerta

Si calculo cuánto tiempo conversé personalmente con Gonzalo Rojas, la suma de esos minutos imborrables, de esos coloquios fugaces, se acerca a sesenta, los sesenta minutos de una hora; una hora como la hora de la cual disponemos esta tarde para comentar y celebrar la edición de su poesía completa aparecida con el sello del Fondo de Cultura Económica: el libro titulado *Íntegra*, preparado por Fabienne Bradu.

Mis magras conversaciones con Rojas no me califican, ni remotamente, como uno más de sus amigos mexicanos. No fui su amigo; fui más bien su lector y de ello *sólo alabanza tengo*, como aprendimos a decir en el estilo de Saint-John Perse según las traducciones de Jorge Zalamea. De no haber sido su amigo me consuelo pensando, recordando, evocando constantemente el hecho luminoso de su generosidad con mis escrituras, pues a ellas se refirió con entusiasmo infinitamente agradecible cuando nos vimos por vez primera en Lima, en un congreso internacional de poetas. Pero como dice Fabienne Bradu —por lo menos, así interpreto yo sus palabras—, mis conversaciones con la poesía de Rojas han durado milenios; eso quiere decir lo siguiente: esas conversaciones continúan una tradición de largo tiempo, diríase milenaria: la establecida entre el poeta y sus lectores más fieles. Eso he sido: un lector fiel de Gonzalo Rojas; ésa es mi credencial para estar aquí y presentar *Íntegra*.

Ninguna vida dura un milenio. Pero el imborrable Ovidio explicaba cómo sus poemas serían superiores al bronce imperial por su fuerza de perdurabilidad y su resistencia —y tuvo razón. Así es con la poesía de Gonzalo Rojas: como suele decir José Emilio Pacheco de algunos de nuestros grandes poetas, la poesía de este chileno

formidable durará mientras viva la lengua española. Por eso la conversación poética con la obra alucinante de Rojas deberá durar milenios. Esta hora con Gonzalo Rojas es una porción de ese milenio. El chileno está ya conversando con el poeta de Sulmona, el “licenciado narigudo”, autor de uno de los libros más deslumbrantes: su colección de transformaciones, las *Metamorfosis*. Esa conversación de Rojas con el viejo poeta romano está dibujada y señalizada en el libro del poeta chileno titulado *Diálogo con Ovidio*.

La poesía de Rojas se ha transformado gracias a la edición de *Íntegra*; se ha depurado hasta volverse, como Edgar Poe en el poema de Mallarmé, idéntica a sí misma, poderosa en sus núcleos más entrañables, repleta de soles y de vientos, de ritmos y de significados.

Así, entonces, lo sucedido aquí se referirá a esa hora milenaria de Gonzalo Rojas en mi vida como lector, con el pretexto magnífico de este libro hecho con tanto amor y con tanta dedicación por Fabienne Bradu.

Quisiera mirar todos y cada uno de los minutos de esa hora y tocarlos y curvarlos en su alambre secundario y alargarlos como quien está a punto de hacer un juguete con materiales pobrísimos encontrados en la calle; quisiera ver cómo esa hora de conversación con Rojas se extiende a otros lugares del espacio y del tiempo, más allá de su encuadre en Lima —primera media hora— y Guadalajara —la segunda media hora— para conversar con Gonzalo Rojas en Lebu y en Princeton y en las playas de California y preguntarle el signo trazable por él y por mí sobre la poesía de Robinson Jeffers e interrogarlo cerradamente acerca de sus impresiones de Vicente Huidobro y la ausencia de Góngora en su poesía y las ra-

zones de esa falta, o sinrazones, y la locura de ese su amor suyo por el horroroso Francisco de Quevedo, y tantas otras cosas. Las cosas de las cuales uno querría hablar con un poeta amado, un poeta lleno de enseñanzas y señales y con quien puede conversar ahora, del lado de acá, mientras lo alcanzamos, para decirle mis desacuerdos, divergencias cuya existencia no disminuye una micra nuestra pasión por sus versos y por su voz imborrable, esa voz pedregosa y sublime, ¿y cómo se puede ser una y otra cosa, sublime y pedregoso, a la vez?, deberemos preguntar una vez más y siempre ante este poeta y sus poemas.

La edición de *Íntegra* es una especie de milagro en el horizonte de las publicaciones poéticas de América Latina. Lo es en el sentido de la seriedad; pero una seriedad superior, entiéndase, no la seriedad adoceñada del trabajo hecho nada más correctamente para salir del paso. Fabienne Bradu ha entrado de lleno en la poesía de Rojas para darnosla a leer como se debe, con las historias de los poemas y todo un instrumental, digamos geográfico, o cartográfico, para recorrer los hirsutos países rojianos, los poemas en sus estribaciones y en sus despliegues fluviales y en sus recorridos oceánicos. El paisaje de la poesía de Gonzalo Rojas tiene en esta edición el mejor mirador, pues además se trata de un microscopio para ver sus versos con todo pormenor, en sus más intrincadas minucias; y un telescopio, para contemplar, como se debe, el cielo austral y planetario de esta obra, sus aguas, valles y cordilleras.

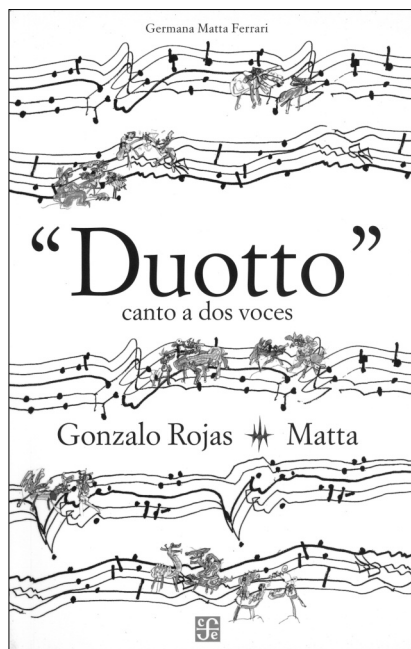
El Fondo de Cultura Económica puede sentirse orgulloso de tener ahora en su catálogo este libro, un libro como un planeta. Con la obra de Rojas la colección Tierra Firme del FCE adquiere un astro cen-

tral. Alrededor de este libro pueden girar de ahora en adelante los libros poéticos publicados dentro de esa colección.

Lo hecho por Fabienne Bradu es buena filología. Extraño le parecerá a más de cuatro conocidos míos: ¿no era la venerable filología un asunto de las antigüedades, impropio o impertinente para las literaturas de los años recientes, digamos del siglo veinte para acá? Pues no: la filología es, como dice Otmar Ette, una completa, *íntegra* ciencia de la vida. Aquí está una prueba de la pertinencia de esa disciplina multidimensional para entender bien una obra y darla a leer como lo ha hecho Fabienne Bradu con la poesía de Gonzalo Rojas.

En los versos del poeta, el primer punto de atracción está formado y perfilado con una deslumbrante nitidez por el ritmo de sus versos en particular y por el ritmo y cadencia del poema al cual pertenecen, en cada caso. Esto es así desde el principio, quiero decir, desde sus poemas de juventud. Lo pone de resalto él mismo con bastante claridad; lo dice, es más, en poemas útiles para ilustrar, con sus propias palabras, el valor, para mí indiscutible, de la poesía de Rojas en tanto obra mayor de un artífice con un oído privilegiado, tan privilegiado como lo fue en su tiempo el oído de Salvador Díaz Mirón. Gonzalo Rojas, hombre de una robusta simpatía, era del todo diferente, en el trato, del áspero, arrogante y antipático Díaz Mirón; pero ambos son artífices mayores de la poesía latinoamericana.

Y el ritmo en poesía —oigo esa curiosa pregunta en bocas ingenuas e indocumentadas, almas sencillas—, el ritmo en poesía, inquietan, ¿es de verdad tan importante? Lo diré con toda la energía posible de, como decía Carlos Pellicer, *mi pobre voz*: el ritmo no nada más es importante y esencial en poesía; en muchos casos, como el de la obra de Gonzalo Rojas, configura un centro irradiante del cual dependen, como los planetas en un sistema solar, los significados y las emociones. Puede también decirse así: el ritmo marcadísimo e inconfundible en los poemas de Rojas tiene el mismo rango, si no superior, a los significados encerrados o manifiestos en ellos o a las emociones recogidas en sus palabras. En algún pasaje se muestra desdeñoso de los autores de sonetos; el hecho es significativo pues



revela una especie de curiosa contradicción o paradoja: los grandes sonetistas de la poesía occidental —de Petrarca a Seamus Heaney— lo son debido a poderes muy parecidos a las potencias presentes, y actuantes, detrás del obsesionante, hermoso, seductor, efecacísimo ritmo en los poemas de Gonzalo Rojas.

Líneas arriba mencioné de pasada mis divergencias de lector de poesía con los poemas de Gonzalo Rojas. De una vez lo digo: no con todos, ni mucho menos; con amplias zonas de su poesía, sí, en efecto. Por ejemplo, con la poesía de tema amoroso o de tema erótico. Desde luego, Rojas era un hombre de su tiempo, como suele decirse, y así debemos entender su manera de ver a la mujer, a las mujeres, hablar de ellas y escribir los poemas dedicados a ellas o poemas con el tema de la mujer o las mujeres en su centro. Es una zona de su poesía muy semejante a la de poemas como el de Neruda cuyas primeras líneas son emblema del sexismo de esos “hombres de su tiempo”: “Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos, / te pareces al mundo en tu actitud de entrega. / Mi cuerpo de labriego salvaje te socava...”. Rojas es, como Neruda, un romántico de la vieja escuela española, de la bohemia latinoamericana bebedora, desvelada y dicharachera, adicto al requiebro y a la queja de raíz petrarquista, a veces peligrosamente cercana a la sensiblería de los boleros, uno de los géneros cancioniles más patéticos —digo paté-

ticos en todos sus sentidos posibles. Por fortuna, una porción considerable de esa sexista y monologante poesía queda salva para siempre por el ritmo acezante e incantatorio conseguido sin falla por Rojas. Ellas, las mujeres de esas celebraciones eróticas, no hablan en los poemas de ese tipo; permanecen ahí, objetos de admiración o de repudio, mudas y como víctimas de un hechizo petrificante.

Esa “zona” en la poesía de Rojas es una de las tres vertientes identificadas por él mismo en el cuerpo de su trabajo poético: él la llamaba “amorosa-erótica”; las otras dos son “la numinosa” y “la de la vida inmediata”. Es un esquema como hay muchos y no debe prestársele especial atención; quizá vale la pena, empero, reflexionar sobre dos palabras de esa taxonomía peculiar: el vocablo *numinosa*, aprendido probablemente por el poeta chileno en un libro de hace muchas décadas, debido al filósofo alemán Rudolph Otto y publicado por la Revista de Occidente; la palabra *inmediata*, adjetivo aplicado a “la vida”, vocablo *relampagueante*. Lo numinoso, entonces; es decir, lo trascendental puro, la espiritualidad quintaesenciada, la experiencia sublime. He aquí otra zona de desacuerdo: la tendencia del poeta a presentarse en algunos poemas como un consumado aficionado a la filosofía; esa presentación tiene una vía claramente perfilada: el lucimiento de cierto léxico medio metafísico, medio fenomenológico. Nada importante; pero yo hubiera preferido una actitud más irreverente, menos respetuosa ante la filosofía —actitud para la cual Gonzalo Rojas estaba inmejorablemente preparado. Insisto: un desacuerdo sin ninguna importancia, dicho por alguien también aficionado a los vocabularios filosofantes, a todos esos minúsculos *Dassein*, digamos.

Esos desacuerdos son morralla. Una morralla imantada por la magnetita chilena de esta poesía hoy celebrada por todos nosotros, con amor y con admiración.

Unidos en torno de *Íntegra* y de su admirable editora, Fabienne Bradu, como lectores, reconozcamos en la obra magnífica de Gonzalo Rojas el milagro secular de la poesía.

Texto leído en la presentación del libro *Íntegra* de Gonzalo Rojas, en la librería Octavio Paz el 18 de abril de 2013.